

# HEGEMONÍA PÍRRICA: LA INFLUENCIA ESTADOUNIDENSE SOBRE CANADÁ Y MÉXICO EN EL CONTEXTO DE LA INVASIÓN A IRAQ\*

JOSÉ BRAVO  
ARTURO SANTA CRUZ

EN 1989, CON LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN llegaba a su fin la bipolaridad del sistema internacional surgida al término de la Segunda Guerra Mundial; emergía entonces un mundo unipolar, bajo la hegemonía de Estados Unidos. Lo que no estaba claro todavía a inicios de los años noventa, cuando el presidente George Bush hablaba del “Nuevo Orden Mundial”, era si el multilateralismo que caracterizó al bloque occidental –bajo el liderazgo estadounidense– continuaría o si habría un giro al unilateralismo.

La administración de George Bush, así como las dos encabezadas por Bill Clinton, optaron –en términos generales– por continuar la práctica multilateralista. No fue sino hasta la llegada al poder de George W. Bush, en enero de 2001, cuando Washington se inclinó marcadamente por el unilateralismo. En opinión del círculo más cercano al presidente estadounidense, el triunfo del sistema liberal internacional –con la democracia y la economía de mercado como estandartes–, así como la preeminencia material indiscutible que Estados Unidos poseía, significaban que su sistema político y sus intereses nacionales podían ser considerados universales.<sup>1</sup> Como escribió en el año 2000 Condoleezza Rice, primero consejera de Seguridad Nacional y luego secretaria de Estado del presidente Bush, Estados Unidos se encontraba “en el lado correcto de la historia”.<sup>2</sup> El que el país más poderoso del mundo estuviera gobernado por un grupo que profesaba

\* Los autores agradecen a los editores de *Foro Internacional* así como a dos dictaminadores anónimos por sus valiosas sugerencias para la revisión de este trabajo; los defectos que permanecen en él son nuestra responsabilidad.

<sup>1</sup> John Mearsheimer, “Hans Morgenthau and the Iraq War: Realism *versus* Neo-conservatism”, *Open Democracy*, 18 de mayo de 2005, p. 3.

<sup>2</sup> Condoleezza Rice, “Promoting the National Interest”, *Foreign Affairs*, vol. 79, núm. 1, 2000, p. 46.

tal ideología –pues no se trataba de otra cosa– no era un buen augurio para las relaciones internacionales en los albores del siglo XXI. Parecía confirmarse, como sugirió Tucídides más de dos milenios atrás, que en el siglo que iniciaba los poderosos harían lo que quisieran y los débiles tendrían que aceptar lo que debieran.

Pero, ¿fue ese el caso? ¿Permitieron “el fin de la historia” anunciado a inicios de los años noventa, así como la alta concentración relativa de poderío material en un solo Estado, que éste incrementara sustantivamente su influencia en el escenario internacional? Esto es, independientemente del bien conocido incremento del anti-americanismo alrededor del mundo durante las dos administraciones de George W. Bush (periodo durante el cual el señalado giro hacia el unilateralismo tuvo lugar), lo cual pudiera desestimar dado su carácter eminentemente retórico, ¿hubo señales de que otros Estados resistieran activamente, en los hechos, el poderío indiscutible de Washington, mermando de esa manera su influencia en la política internacional?<sup>3</sup> No se trata meramente de una cuestión de balance de poder en los términos acostumbrados en la disciplina de Relaciones Internacionales (RI), sino más fundamentalmente del grado de aceptación o resistencia de otros Estados a las políticas estadounidenses que al final de cuentas tienen un impacto directo sobre la influencia que ejerce ese país.<sup>4</sup> En este artículo argumentamos que, efectivamente, otros estados resistie-

<sup>3</sup> Peter J. Katzenstein y Robert O. Keohane (eds.), *Anti-Americanisms in World Politics*, Ithaca, Cornell University Press, 2007. El deterioro de la imagen estadounidense en la opinión pública mundial durante los dos gobiernos de George W. Bush fue patente. Según datos de la Oficina de Investigación del Departamento de Estado de Estados Unidos, aun en su más cercano aliado, el Reino Unido, el porcentaje de la población con una visión favorable de Estados Unidos cayó marcadamente, al pasar de 83 puntos en 2000 a 53 en 2008. En Alemania, durante el mismo periodo, el porcentaje pasó de 78 a 31 puntos. Pew Research Center, “Global Public Opinion in the Bush Years (2001-2008)”, 18 de diciembre de 2008, en <http://pewglobal.org/2008/12/18/global-public-opinion-in-the-bush-years-2001-2008/>. Como señaló Fareed Zakaria (“Hating America”, *Foreign Policy*, vol. 144, septiembre/octubre de 2004, p. 47), “La hostilidad contra Estados Unidos es la más profunda y extendida de los últimos cincuenta años”. Ante el unilateralismo estadounidense de aquellos años, el entonces presidente ruso Vladimir Putin declaró: “Un estado, Estados Unidos, ha sobrepasado sus fronteras nacionales en todos los aspectos [lo cual] es muy peligroso. Nadie se siente ya seguro porque nadie puede encontrar refugio en el derecho internacional (Rob Watson, “Putin’s Speech: Back to the Cold War?”, *BBC News*, 10 de febrero de 2007, en <http://news.bbc.co.uk/2/hi/europe/6350847.stm/>). Para el caso del anti-americanismo en México y Canadá, véase Brian Bow, Peter J. Katzenstein y Arturo Santa-Cruz, “Anti-Americanism in North America: Canada and Mexico”, trabajo presentado en la Convención Anual de la International Studies Association, Chicago, 28 de febrero-3 de marzo de 2007.

<sup>4</sup> William C. Wohlforth, “The Stability of a Unipolar World”, *International Security*, vol. 24, núm. 1, 1999, p. 35.

ron o incluso desafiaron los dictados de Washington; que la manera de ejercer el poder tiene efectos reales sobre su efectividad. Es decir que el unilateralismo hegemónico tiene en realidad un efecto contra intuitivo, al menos desde el punto de vista de los enfoques materialistas de las relaciones internacionales: disminuye la influencia del hegemón. La hegemonía se torna, pues, pírrica. El mecanismo causal es simple: para ser efectivo, el poder ha de concebirse y practicarse de acuerdo a su naturaleza social; cuando se lo concibe y se practica como un atributo puramente material (es decir, asocial) su eficacia disminuye. Es por esto que, sostenemos, la concepción del poder tiene efectos reales.

Para ilustrar este argumento recurrimos a un caso “crítico” para nuestra hipótesis: un asunto de la mayor importancia para el hegemón en el que no obtuvo el apoyo –así fuera indirecto o tácito– de dos países sobre los cuales, por sus vínculos geográficos, económicos, políticos y sociales, era de esperarse obtuviera al menos algún tipo de aquiescencia. El caso es la invasión estadounidense a Iraq de 2003 y los dos países son Canadá y México. No se trataba, siguiendo la máxima establecida por Mario Ojeda para el caso de nuestro país en su relación con Estados Unidos pero que también aplica al “vecino del vecino”, de un tema secundario para Washington: la invasión a Iraq fue *el* tema central de la política exterior estadounidense durante 2002 y el inicio de 2003.<sup>5</sup>

El artículo está dividido en siete secciones. En la primera abordamos la perspectiva constructivista de la hegemonía y la concepción del poder. En la segunda tratamos la hegemonía y la concepción social del poder estadounidense durante la post-Guerra Fría.<sup>6</sup> La hegemonía y la concepción asocial del poder por parte de Washington es el tema del tercer apartado; allí documentamos la reacción estadounidense a los atentados del 11 de septiembre de 2001, misma que llevó a la invasión de Iraq año y medio más tarde. En el cuarto y quinto apartados nos referimos a las reacciones canadiense y mexicana al unilateralismo estadounidense en Iraq. *En el sexto apartado abordamos el nexo entre política interna y externa en las decisiones de México y Canadá en torno a la invasión a Iraq, variable sin la cual no puede entenderse cabalmente la posición de ambos países en dicha coyuntura.* En la parte final presentamos las conclusiones de lo que consideramos fue la “hegemonía pírrica” estadounidense durante la presidencia de George W. Bush, una en que los costos en términos de influencia real del hegemón fueron tan altos

<sup>5</sup> Véase Mario Ojeda, *Alcances y límites de la política exterior de México*, México, El Colegio de México, 1976.

<sup>6</sup> Puesto que el carácter relativamente benigno de la hegemonía estadounidense durante la Guerra Fría está bien establecido, así como por razones de espacio, no le dedicamos una sección a dicho periodo.

como para contrarrestar los beneficios esperados, como lo ilustramos con el caso de la invasión estadounidense al país árabe y la falta de apoyo de sus dos vecinos y socios comerciales.

## I. LA PERSPECTIVA CONSTRUCTIVISTA DE LA HEGEMONÍA Y EL PODER

Aunque algunos de los máximos exponentes de la disciplina, como Hans Morgenthau o Kenneth Waltz se refirieron en sus obras canónicas al fenómeno de la hegemonía en la política internacional, lo hicieron por lo general de manera tangencial. La hegemonía era de hecho antitética a lo que devino el foco de atención no sólo de sus respectivas obras sino en el estudio general de la política internacional: el balance de poder.<sup>7</sup> En 1984 apareció un trabajo que sería un parteaguas en la disciplina en lo relativo a la discusión sobre la hegemonía internacional: *After Hegemony*, de Robert Keohane.<sup>8</sup> En él, su autor inquiría sobre las posibilidades de que se mantuviera la cooperación por medio de las instituciones internacionales una vez que la hegemonía estadounidense vigente hasta entonces continuara lo que parecía su imparable descenso. Abrevando en la tradición gramsciana, Keohane definía la hegemonía como una situación en la cual “un Estado es lo suficientemente poderoso como para mantener las reglas básicas que gobiernan las relaciones entre los Estados y que está dispuesto a hacerlo”.<sup>9</sup> Para él, “el mismo liderazgo hegemónico exitoso depende en cierta manera de la cooperación asimétrica [...] El hegemón puede tener que invertir recursos en la creación de instituciones a fin de asegurarse de que sus reglas preferidas guiarán el comportamiento de otros países”.<sup>10</sup>

De manera similar, también en la década de 1980, Robert Gilpin –uno de los principales exponentes de lo que se conocería como teoría de la estabilidad hegemónica– señalaba que un sistema internacional de estas características corría el riesgo de debilitarse si el resto de los Estados consideraban que las acciones del país hegemónico eran exclusivamente pro-

<sup>7</sup> Tanto Morgenthau como Waltz, en sus respectivas obras magnas, tienen capítulos dedicados al balance de poder, pero la hegemonía no aparece siquiera en el índice analítico.

<sup>8</sup> Randall L. Schweller y David Priess, “A Tale of Two Realisms: Expanding the Institutions Debate”, *Mershon International Studies Review*, vol. 41, núm. 1, 1997, p. 3.

<sup>9</sup> Robert O. Keohane, *After Hegemony: Cooperation and Discord in World Political Economy*, Princeton, Princeton University Press, 1984, pp. 34-35.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 46. Cabe notar, sin embargo, que la perspectiva teórica que Keohane utiliza en el libro citado es el institucionalismo de acción racional.

vechosas para él.<sup>11</sup> Gilpin notaba que el consenso se podría perder en forma progresiva y que la legitimidad del hegemon podría comenzar a erosionarse.

La pérdida de prestigio y, por ende, de legitimidad hegemónica, se puede dar a través de lo que, más recientemente, John Ikenberry ha denominado el paso de una aceptación de la hegemonía basada en el liberalismo a la convivencia incómoda con una hegemonía agresiva o imperialista.<sup>12</sup> De esta forma se evidencia que la posición hegemónica de un actor puede declinar no sólo en función de las capacidades materiales, sino en lo referente a la aceptación de su rol por parte de los demás, es decir, de su poder político. Lo anterior apunta hacia la existencia de una relación intrínseca entre los conceptos de “hegemonía” y “poder.”

Ha sido precisamente el enfoque constructivista de relaciones internacionales el que en la última década ha estudiado con más detenimiento esta relación y el que ha hecho los aportes más valiosos en la materia. Es ésta una visión eminentemente social del poder y la hegemonía. Así, por ejemplo, Christian Reus-Smit señala que un Estado es hegemónico cuando tiene la capacidad de definir las reglas de la sociedad internacional, cuando es lo suficientemente poderoso para mantener las reglas esenciales de gobierno en las relaciones interestatales y cuando tiene la voluntad para hacerlo. En ese sentido, identifica a la hegemonía de un actor sobre la base de lo ideacional y no sólo sobre el poder basado en las capacidades materiales.<sup>13</sup> Es precisamente la concepción del poder que subyace a toda hegemonía, el “valor añadido” de la nueva reflexión constructivista sobre la hegemonía.

La hegemonía debe ser considerada no sólo como un orden constituido por capacidades materiales, sino especialmente por la posesión de una “reserva” de legitimidad. La legitimidad es un concepto multidimensional, basado en la percepción de que las acciones de un Estado líder son apropiadas y deseables dentro de un sistema socialmente construido por normas y creencias de valores definidos. El hegemon es un productor de derechos y reglas al que otros le expresan su consentimiento. El consenso activo hacia el líder crea pues legitimidad hegemónica, lo cual se refuerza por la existencia de instituciones internacionales que permiten la regulación de las relaciones entre los Estados.<sup>14</sup>

<sup>11</sup> Robert Gilpin, *La economía política de las relaciones internacionales*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987, p. 87.

<sup>12</sup> G. John Ikenberry, “America’s Imperial Ambition”, *Foreign Affairs*, vol. 81, núm. 5, 2002.

<sup>13</sup> Christian Reus-Smit, *American Power and World Order*, Cambridge, Polity Press, 2004, pp. 7-11.

<sup>14</sup> David P. Rapkin y Dan Braaten, “Conceptualising Hegemonic Legitimacy”, *Review of International Studies*, vol. 35, núm. 1, 2009, pp. 121-123, 132.

Cuando un actor tiene habilidad para afectar las acciones de otros es debido a que el “poder” le es reconocido, atribuido o dado.<sup>15</sup> Es decir, el “poder” se explica como una construcción social que no sólo resulta atractiva para el resto de los Estados sino que permite la creación de condiciones apropiadas para un consenso continuo. Esta concepción del poder implica lo que Martha Finnemore denomina como un fin socialmente utilizable, es decir, una forma de influencia por parte de un actor que acumula beneficios, desalienta amenazas y persuade sobre algunas preferencias o prácticas.<sup>16</sup> Finnemore vincula el concepto de poder con el de legitimidad, que entiende como la creencia y aceptación de los beneficios de las cualidades normativas de un orden propuesto o establecido.<sup>17</sup> La legitimidad del poder lleva en sí una aceptación tácita de la estructura social en la cual dicho poder es ejercido.<sup>18</sup>

Reus-Smit va más lejos que otros autores al argumentar que hay una concepción social del poder cuya esencia no se basa en la propiedad atomística de las capacidades materiales, sino en aquel tipo de poder que sólo se obtiene a través del intercambio entre los actores involucrados en una relación determinada. Ese tipo de poder se adapta a las exigencias de la sociedad internacional y es capaz de extraer la conformidad de otros.<sup>19</sup> En ese sentido, se vuelve una autoridad moral porque obtiene legitimidad con base en dicho consenso sobre normas acordadas por los miembros de la sociedad en cuestión. Es por esto que la hegemonía tiene profundas bases sociales.<sup>20</sup>

El hegemon procura establecer un orden internacional centrado en algunos de sus principios. Este proceso se lleva a cabo por medio de una política multilateral, lo que implica un proceso de negociación en el que acepta considerar y compartir la toma de decisiones que compete a los

<sup>15</sup> Christopher Jones, “Seduce Me: Kagan, Power, the US and Europe”, *International Politics*, vol. 45, núm. 3, 2008, pp. 269-273.

<sup>16</sup> Martha Finnemore, “Legitimacy, Hypocrisy, and the Social Structure of Uni-polarity: Why Being a Unipole Isn’t All It’s Cracked Up to Be”, *World Politics*, vol. 61, núm. 1, 2009, p. 59.

<sup>17</sup> Martha Finnemore, art. cit., p. 62; David Rapkin y Dan Braaten, art. cit., pp. 129-132; Corneliu Bjola, “Legitimacy and the Use of Force: Bridging the Analytical-normative Divide”, *Review of International Studies*, vol. 34, núm. 4, 2008, pp. 630-631.

<sup>18</sup> Martha Finnemore, art. cit., p. 62.

<sup>19</sup> Christian Reus-Smit, *op. cit.*, pp. 56-57. Aunque, al igual que Keohane, Reus-Smit abreva de la tradición gramsciana, él cuestiona la supuesta relación simbiótica entre el Estado hegemónico y las estructuras económicas e ideológicas dominantes (Christian Reus-Smit, *op. cit.*, p. 10).

<sup>20</sup> Jonathan Joseph, “Hegemony and the Structure-Agency Problem in International Relations: A Scientific Realist Contribution”, *Review of International Studies*, vol. 34, núm. 1, 2008, pp. 127-128.

conflictos y necesidades generales de la sociedad internacional. A su vez, los demás Estados aceptan los principios promovidos por el país hegemónico porque ya han sido negociados, porque representan beneficios para estos y porque se convierten en la base ordenadora de sus relaciones.<sup>21</sup>

Bajo esta perspectiva, el poder se obtiene por medio de una dinámica incluyente de intercambio o negociación multilateral entre los actores involucrados en una relación dada. El hegemón puede así obtener consenso y legitimidad en la promoción de alguna norma propia o en el ejercicio de alguna acción que lo lleve a obtener un resultado favorable debido a que ambos han sido negociados y reportan beneficios de algún tipo para los demás. Esta concepción está basada en tres ideas cruciales: *a)* si bien el hegemón debe contar con recursos materiales sustanciales, a final de cuentas la hegemonía como jerarquía social está fundada sobre el estatus y el reconocimiento; *b)* la hegemonía es un tipo de orden social respaldado y reproducido por medio de normas que generan jerarquía social y que disminuyen la necesidad de coerción y explotación; y *c)* la hegemonía está cimentada en la negociación de identidades e intereses.<sup>22</sup>

Para Reus-Smit un Estado es hegemónico si tiene la capacidad de coordinar las relaciones entre los diferentes países de la comunidad internacional con base en la promoción y práctica de ciertos principios y normas que estructuren liderazgo, si actúa con pluralismo y tolerancia, y si desarrolla intereses que el resto de los Estados encuentran compatibles. Asimismo, el autor sostiene que el hegemón puede realizar una exhibición de fuerza para imprimir su dominio, pero sus acciones deben ser consensuadas por el resto de los Estados y su fuerza utilizada o reservada juiciosamente si no quiere socavar el estatus social y los cimientos institucionales de su hegemonía.

Con base en la discusión anterior, y para guiar el análisis del caso que nos ocupa, entendemos la hegemonía como una relación de poder en la que un actor que posee la mayor capacidad material, prestigio basado en credibilidad, así como la voluntad para ejercer liderazgo y el consenso de los demás, es capaz de coordinar y dirigir un orden social jerárquico con base en un patrón general de principios negociados que permiten la construcción de una estructura de interacción regulada por normas e instituciones internacionales. Sostenemos que el planteamiento anterior corresponde a la práctica hegemónica estadounidense no sólo durante la Guerra Fría, sino también durante el interregno que va de 1989 a 2000; los ocho años en que George W. Bush ocupó la Casa Blanca, en cambio, evidenciaron una concepción y práctica asocial o materialista del poder.

<sup>21</sup> Christian Reus-Smit, *op. cit.*, pp. 61-62.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 64-66.

## II. HEGEMONÍA Y CONCEPCIÓN SOCIAL DEL PODER DURANTE LA POST-GUERRA FRÍA

Existe un consenso sobre el hecho de que el orden liberal occidental liderado por Estados Unidos durante la Guerra Fría puede caracterizarse como de hegemonía benigna, en la que Washington ejerció –en los términos arriba esbozados– una concepción social del poder por medio del multilateralismo.<sup>23</sup> El planteamiento anterior no significa por supuesto que durante la Guerra Fría Washington se haya conducido consistentemente de acuerdo a principios multilaterales; los ocho años de Ronald Reagan en la Casa Blanca son un claro ejemplo de que ese no fue el caso. Sin embargo, y es por eso que el consenso arriba referido entre autores de diversas posiciones teóricas existe, *en términos generales* Estados Unidos actuó de conformidad con las instituciones internacionales después de la Segunda Guerra Mundial.<sup>24</sup> La prueba de fuego de la hegemonía estadounidense vino con la llegada de su incuestionable unipolaridad a partir de la eclosión de la Unión Soviética en 1989. Sin las restricciones ideológicas y materiales de la otra superpotencia, Estados Unidos gozaba de un mayor grado de libertad para aventurarse en políticas explotadoras o simplemente unilaterales.

Aunque ciertamente Estados Unidos aumentó significativamente sus capacidades militares durante los gobiernos de George H. W. Bush y Bill Clinton, la “Nueva Roma” se esforzó por mantener el consenso de sus viejos aliados y su atractivo para aquellas naciones que apenas habían salido del exbloque comunista.<sup>25</sup> El mismo 9 de noviembre de 1989, día de la caída del Muro de Berlín, Bush declara que no “bailará sobre él”, a fin de no provocar a la Unión Soviética, y luego habla de un nuevo orden mundial en el cual las naciones de todas las latitudes del mundo podrían prosperar y vivir en armonía, un lugar en donde las reglas suplantarían la ley de la selva y en donde se reconocería la responsabilidad de todas las naciones de conservar

<sup>23</sup> G. John Ikenberry, “Power and Liberal Order: America’s Postwar World Order in Transition”, *International Relations of the Asia-Pacific*, vol. 5, 2005, pp. 133-152; Bradley F. Podliska, *Acting Alone: A Scientific Study of American Hegemony and Unilateral Use-of-Force Decision Making*, Lanham, Lexington Books, 2010, pp. 21-22; Stephen G. Brooks y William C. Wohlforth, *World Out of Balance: International Relations and the Challenge of American Primacy*, Princeton, Princeton University Press, 2008, p. 149.

<sup>24</sup> Significativamente, como ha observado Paul Johnson (“Europe and the Reagan Years”, *Foreign Affairs*, vol. 68, núm. 1, 1988, pp. 28-38), aun los instintos unilaterales del presidente Reagan no mermaron mayormente la legitimidad del liderazgo estadounidense, dado el contexto de la Guerra Fría y, particularmente, la percepción de la Unión Soviética como una amenaza creciente.

<sup>25</sup> Zbigniew Brzezinski, *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Barcelona, Paidós, 1998.

la libertad.<sup>26</sup> Para Bill Clinton, por otra parte, el multilateralismo sería parte fundamental de la diplomacia estadounidense en el mundo de la post-Guerra Fría. Así quedó de manifiesto, por ejemplo, tanto en la *National Security Strategy* de 1995, como en la política generalmente puesta en práctica por sus secretarios de Estado (Warren Christopher y Madeleine Albright).

Por supuesto que los señalamientos anteriores no significan que Estados Unidos hubiera desterrado las acciones unilaterales, que se hubiera convertido de la noche a la mañana en un Estado samaritano, o que dejara de velar por sus intereses, sino simplemente que Washington creía que la mejor manera de obtener sus objetivos era por medio de la acción concertada y sancionada por las instituciones internacionales. Así, por ejemplo, George H. W. Bush logró conformar una coalición internacional respaldada por una resolución sancionada por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que entró en acción en enero de 1991, luego de que Iraq invadiera Kuwait en agosto de 1990. De manera similar, Bill Clinton, quien al principio de su administración en 1993 intentó disuadir a los serbo-bosnios para que dejaran de atacar a la población civil en Bosnia-Herzegovina, se vio forzado a tomar una iniciativa enérgica en la que invitaba a sus aliados europeos a participar en la pacificación de los Balcanes en 1995 y 1999. En ambos casos, el uso de una amplia capacidad negociadora se vio respaldada por las armas y gracias a ello pudo poner fin a las guerras yugoslavas.<sup>27</sup> Al final de cuentas Estados Unidos era el único que tenía capacidad para hacerlo.<sup>28</sup> De esta manera, durante la docena de años en cuestión Washington continuó llevando a la práctica una especie de hegemonía benévola y altamente funcional para sus intereses. Esto es, el hecho de que Estados Unidos haya actuado, en términos generales, como un líder responsable no significa que dicho comportamiento haya sido una ¿graciosa? concesión de parte suya, sino más bien que era la manera considerada más eficiente de conseguir sus propios fines.

### III. HEGEMONÍA Y CONCEPCIÓN ASOCIAL DEL PODER DURANTE LA ADMINISTRACIÓN DE GEORGE W. BUSH

El ascenso de George W. Bush y del grupo neoconservador al poder en 2001 planteó la posibilidad de implantar una nueva dinámica en su política

<sup>26</sup> Robert Kagan, *The Return of History and The End of Dreams*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2008, p. 6.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 59, 86.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 123.

exterior. Ya desde la administración de Clinton, los neoconservadores habían promovido la idea de que su país era indispensable para la humanidad, y que esa posición debería ser respaldada con la conservación de la preeminencia militar estadounidense en contra de “amenazas” como Rusia y China, o de potencias regionales como Iraq, así como con la expansión de la democracia.<sup>29</sup> Para conseguir ese propósito, dicho grupo sostenía que su país necesitaría desplegar una política exterior neo-reaganiana, centrada en la supremacía militar y la confianza moral. Su planteamiento quedó articulado en el *Project for the New American Century* (PNAC) presentado en 1997, un plan que sería llevado a la práctica cinco años más tarde, en la Estrategia de Seguridad Nacional de septiembre de 2002.<sup>30</sup>

Así, la administración Bush comenzó a alejarse de los compromisos multilaterales adquiridos por administraciones anteriores.<sup>31</sup> De esta manera, rechazó la ratificación del Protocolo de Kioto en junio de 2001 y de la Corte Penal Internacional en mayo de 2002; asimismo, rechazó el Tratado de Misiles Anti-balísticos (AMB) en diciembre de 2001, acabando con el equilibrio estratégico acordado con la Unión Soviética desde la década de 1970 y mantenido con Rusia tras el fin de la Guerra Fría.<sup>32</sup> No obstante, la invasión a Iraq evidenciaría el menosprecio por los organismos internacionales como entes reguladores de las relaciones entre las naciones, soportes del multilateralismo y respaldos sustanciales en la prevalencia de su posición hegemónica durante más de cincuenta años.

<sup>29</sup> Derek Chollet y James Goldgeier, *America between the Wars: From 11/ to 9/11. The Misunderstood Years Between the Fall of the Berlin Wall and the Start of the War on Terror*, Nueva York, Public Affairs, 2008, p. 176; *The Project for the New American Century 1997. En un discurso ante la National Endowment for Democracy* –una fundación creada por Ronald Reagan cuyo objetivo era la propagación de la democracia–, George W. Bush señaló que la expansión de la paz sólo podría darse apoyando el advenimiento de sociedades libres y abiertas en todos los continentes. Véase Alain Frachon y Daniel Vernet, *La América mesiánica: los orígenes del neoconservadurismo y las guerras del presente*, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 34.

<sup>30</sup> Véase Nancy Soderberg, *El mito de la superpotencia: uso y abuso del poder*, Buenos Aires, El Ateneo, 2005, p. 156.

<sup>31</sup> Al iniciar su administración, el presidente George W. Bush señaló que el ejercicio unilateral de su política exterior era la mejor forma de promover los intereses de Estados Unidos. Véase Ivo H. Daalder y James M. Lindsay, *America Unbound: The Bush Revolution in Foreign Policy*, Washington, D. C., Brookings Institution Press, 2003, pp. 1-2.

<sup>32</sup> Nancy Soderberg, *op. cit.*, p. 185. Significativamente, en sus memorias de próxima aparición (*No Higher Honor: A Memoir of my Years in Washington*), la exconsejera de Seguridad Nacional y exsecretaria de Estado durante los ocho años de George W. Bush en la presidencia, Condoleezza Rice, considera que la manera en que Estados Unidos rechazó el Protocolo de Kioto fue una “herida auto-infligida”. Véase Peter Baker, “In Memoir, Rice Tells of Clashes with Cheney”, *The New York Times*, 22 de octubre de 2011.

El 11 de septiembre de 2001 Estados Unidos sufrió el mayor ataque en su territorio continental. El World Trade Center y el Pentágono, los máximos emblemas del poder económico y militar estadounidense, fueron atacados por aviones comerciales controlados por agentes suicidas de la organización terrorista Al-Qaeda, comandada por el saudí Osama Bin Laden, antiguo aliado estadounidense durante la invasión soviética a Afganistán entre 1979 y 1989.

De inmediato, las naciones del mundo mostraron su solidaridad con Washington y demandaron la entrega de los responsables de dicho acto. Los servicios de inteligencia estadounidenses señalaron que Osama Bin Laden se encontraba refugiado en Afganistán bajo la protección del gobierno talibán y exigieron a Kabul su entrega, pero dicha exigencia fue rechazada. De esta forma, con base en la Resolución 1368 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (que instaba a todos los Estados a colaborar y someter a la acción de la justicia a los organizadores y patrocinadores del acto terrorista del 11 de septiembre, así como a aquellos responsables de prestar asistencia o apoyo a dichos grupos) y en el artículo 5 de la Carta de la Organización del Atlántico Norte, Estados Unidos y sus aliados de la OTAN llevaron a cabo un ataque militar en contra de Afganistán con el fin de someter a los terroristas ahí refugiados y de cambiar a un gobierno al que se le había comprobado su colaboración cercana con Al-Qaeda.<sup>33</sup>

En una primera instancia, el apoyo general recibido en sus operaciones contra el régimen talibán legitimó la causa estadounidense; después de todo, Al-Qaeda y el gobierno fundamentalista de Kabul eran aliados evidentes, y en ocasiones fácilmente confundibles.<sup>34</sup> Ante el éxito obtenido en Afganistán por las tropas estadounidenses, el gobierno de Bush declaró que Estados Unidos realizaría acciones militares preventivas para evitar futuros ataques a su territorio, en especial, en contra de aquellos a los que denominaba *Rogue States*: “no vamos a esperar a que se materialice la amenaza para eliminarla”.<sup>35</sup>

El 1 de octubre de 2002 el *National Intelligence Estimate* presentó a los altos mandos de la administración de Bush, así como al Senado, un documento de 93 páginas avalado por el director de Inteligencia Nacional, denominado: *Iraq's Continuing Programs for Weapons of Mass Destruction*.<sup>36</sup> En dicho documento se informó sobre una serie de violaciones a las resoluciones impuestas por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y se

<sup>33</sup> Ivo H. Daalder y James M. Lindsay, *op. cit.*, p. 25.

<sup>34</sup> Alain Frachon y Daniel Vernet, *op. cit.*, p. 23.

<sup>35</sup> *The National Security Strategy of the United States of America*, septiembre de 2002.

<sup>36</sup> *Iraq's Continuing Programs for Weapons of Mass Destruction*, Director of Central Intelligence, octubre de 2002.

señalaron los lugares en donde el régimen de Hussein, supuestamente, llevaba a cabo sus programas de armas biológicas, químicas y balísticas.

El presidente estadounidense planteó la posibilidad de atacar Iraq invocando de nueva cuenta la lucha contra el terrorismo bajo los argumentos de que ese país tenía armas de destrucción masiva y mantenía una estrecha relación con Al-Qaeda. El objetivo de atacar Iraq era manejado por el gobierno estadounidense como una meta necesaria debido a dos factores: 1) el hecho de que si Estados Unidos no reaccionaba de una forma contundente, daría la impresión de ser débil; en ese sentido, habría que actuar de forma espectacular y mostrar al mundo la potencia militar estadounidense para que sirviera como ejemplo; 2) que un cambio de régimen en Iraq era clave para llevar a cabo un cambio de *statu quo* en Medio Oriente y para que sirviera como modelo para la expansión de la democracia en la región.<sup>37</sup>

El 8 de noviembre de 2002 el Consejo de Seguridad emitió la Resolución 1441. En ella se otorgaba a Iraq la última oportunidad para cumplir sus obligaciones en materia de desarme por medio de la inspección forzosa que llevarían a cabo inspectores de la United Nations Monitoring, Verifications and Inspections Commission (UNMOVIC). En caso de no cumplir con lo señalado, Iraq se expondría a la aplicación de sanciones con graves consecuencias.<sup>38</sup> Bagdad accedió a las demandas planteadas.

La representación estadounidense ante el Consejo de Seguridad señaló que aunque la primera responsabilidad para desarmar a Iraq descansaba en el Consejo mismo, nada impedía que un país miembro actuara para defenderse a sí mismo contra la amenaza de algún otro país. La representación de Francia señaló que la Resolución 1441 era clara, por lo que la “inmediatez” sobre el uso de la fuerza había sido eliminada. Este planteamiento fue respaldado por las representaciones de China y de Rusia, las cuales hicieron hincapié en que sólo la UNMOVIC y la International Atomic Energy Agency (AIEA) tenían la autoridad para señalar las violaciones que Iraq realizara, así como el derecho de remover o destruir todas las armas y suplementos armamentistas que encontraran.<sup>39</sup>

La propuesta estadounidense de aplicar acciones punitivas contra Iraq fue apoyada por Gran Bretaña, España y Bulgaria, mientras que Francia, Alemania, Rusia y China rechazaron la visión de Washington con el argumento de que había que actuar bajo el auspicio institucional del Consejo de Seguridad. No obstante, aun con el desacuerdo de Francia, Rusia o China, miembros permanentes del Consejo y, por ende, con capacidad de veto,

<sup>37</sup> Alain Frachon y Daniel Vernet, *op. cit.*, pp. 24-25.

<sup>38</sup> S/Res/1441, 2002.

<sup>39</sup> *Press Release SC/7564*, 11 de noviembre de 2002.

Washington buscó el apoyo numérico promoviendo su posición entre los miembros no permanentes del Consejo en ese momento. Pronto se hizo evidente que contaba con el respaldo de España y de Bulgaria, así como con el rechazo de Alemania, con que quedaban siete países por convencer: Angola, Camerún, Chile, Guinea, México, Pakistán y Siria.

Sin embargo, estos países –actuando como frente de miembros no permanentes dentro del Consejo– rechazaron la posición estadounidense. México, su vecino inmediato y uno de sus principales socios comerciales, jugaría junto con Chile un papel importante en esta derrota moral para Estados Unidos en el Consejo de Seguridad, por la influencia que tuvieron sobre los otros cinco países recién mencionados (más al respecto en la quinta sección). Por su parte, otro de sus principales aliados militares y socio comercial, Canadá, también se desmarcó de la posición estadounidense, negándose a participar en esta operación considerada como unilateral y, por ende, incompatible con las normas de los organismos internacionales y de regulación compartida por la comunidad internacional.

Hans Blix, presidente ejecutivo de la UNMOVIC, declaró el 14 de febrero de 2003 al Consejo de Seguridad que los inspectores a su cargo no habían encontrado evidencia alguna sobre la posesión de armas químicas o biológicas por parte de Bagdad. El funcionario cuestionó explícitamente la veracidad de las imágenes mostradas por Powell unos días antes.<sup>40</sup> Por su parte, Mohamed El Baradei, director general de la AIEA, agregó ese mismo día que no se habían encontrado señales de que Iraq hubiera reavivado su programa de armas nucleares. Asimismo, indicó que para proveer una declaración definitiva sería necesario el trabajo de unos meses más. En términos generales, los informes de la UNMOVIC y de la AIEA apuntaron a una situación que no agradaba al gobierno de George W. Bush: Iraq no poseía armas de destrucción masiva.<sup>41</sup>

Aun así, Estados Unidos tomó la iniciativa de proponer un ataque y señaló que los informes proporcionados por Hans Blix acerca de que los inspectores enviados por Naciones Unidas no habían encontrado indicios de armas prohibidas en Iraq, eran insuficientes. El presidente Bush señaló que los esfuerzos por contener las “ambiciones” militares de Iraq habían fallado, que Hussein había hecho todo lo posible por construir y mantener las armas de destrucción masiva y que si el país árabe no entregaba dichas armas, su país guiaría a una coalición para desarmarlo. Así, sin la autorización del Consejo de Seguridad, Estados Unidos comenzó una invasión

<sup>40</sup> Informe al Consejo de Seguridad de la ONU, 14 de febrero de 2003.

<sup>41</sup> Donald Barry, “Chrétien, Bush, and the War in Iraq”, *American Review of Canadian Studies*, verano de 2005. La información presentada por Powell era, en efecto, errónea.

contra Iraq el 19 de marzo de 2003 con apoyo de Gran Bretaña, España y Bulgaria en el Consejo, así como de otros pequeños países fuera de este organismo.

#### IV. LA REACCIÓN CANADIENSE AL UNILATERALISMO ESTADOUNIDENSE EN IRAQ

Desde el ascenso al poder de George W. Bush, la relación entre Ottawa y Washington comenzó a vivir momentos ríspidos. Y fue el desacuerdo surgido a partir de la dinámica que Washington desarrolló tras los ataques terroristas a las Torres Gemelas, en especial su interés por realizar un ataque a Iraq sin la aprobación de la comunidad internacional, lo que condujo al relativo enfriamiento de la relación bilateral en este periodo –así como a la pérdida de influencia estadounidense sobre su vecino del norte en este tema fundamental para la administración de Bush (es decir, el tema, si bien no necesariamente el apoyo canadiense, era central para Washington, como se señaló en la introducción).<sup>42</sup>

El primer ministro de Canadá, Jean Chrétien, expresó su consternación por los hechos y ofreció su apoyo a Estados Unidos para sancionar a los responsables de estas acciones. De acuerdo con la Resolución 1368, y como parte de las tropas de la OTAN, las fuerzas canadienses acompañaron a las estadounidenses en su ataque militar contra el régimen de Kabul, así como en la posterior ocupación del país centroasiático con el fin de someter a los terroristas ahí refugiados y de derrocar a un gobierno que colaboraba abiertamente con el terrorismo y con Bin Laden. En lo que se refiere a la defensa de sus fronteras, el programa Smart Borders (Fronteras Inteligentes) hizo que la cooperación entre Canadá y Estados Unidos alcanzara niveles inéditos en las áreas de inteligencia y colaboración policiaca.

Sin embargo, la propuesta de atacar Iraq causó serias fricciones entre Estados Unidos y Canadá. Así, en enero de 2002 el primer ministro Chrétien dijo que Canadá estaba con los estadounidenses contra el terrorismo, pero que en ese momento su país no estaba involucrado en los planes para atacar Iraq u otras naciones.<sup>43</sup> Las diferencias entre Washington y Ottawa comenzaron a incrementarse a partir de ese momento. El entonces ministro de Relaciones Exteriores canadiense, Bill Graham, criticó el hecho de que Bush hubiera rechazado una oferta de Hussein de permitir a los inspectores de Naciones Unidas regresar a Iraq para investigar sobre la su-

<sup>42</sup> *Loc. cit.*

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 3.

puesta posesión de armas de destrucción masiva del país árabe. Asimismo, Graham agregó que su país no participaría en ninguna acción punitiva contra Bagdad sin el respaldo de la ONU.

Por su parte, Chrétien alabó el liderazgo de Bush en su lucha contra el terrorismo y le aseguró que Canadá estaría envuelto en cualquier acción punitiva contra Iraq si ésta era aprobada por el Consejo de Seguridad. Sin embargo, este acercamiento encontró un nuevo revés cuando, en una entrevista llevada a cabo durante el primer aniversario de los hechos del 11 de septiembre, Chrétien enlazó los atentados contra las Torres Gemelas al resentimiento existente del Tercer Mundo hacia Occidente. Asimismo, señaló que Washington no debería utilizar su fuerza al punto de humillar a otros.<sup>44</sup>

Luego de que –a once meses de los atentados– el presidente estadounidense anunciara que los esfuerzos por desarmar a Iraq habían fallado, el primer ministro canadiense señaló que era necesario tener más información sobre los supuestos enlaces que Hussein tenía con el terrorismo antes de tomar cualquier decisión.<sup>45</sup> Bajo el temor de crear nuevas controversias, argumentó que su país apoyaba los objetivos de Estados Unidos, pero que era fundamental tener evidencias de que Iraq poseía armas de destrucción masiva. Asimismo, hizo hincapié en que cualquier acción contra Bagdad debía darse por medio de la ONU. Aunque Chrétien trató de atenuar las diferencias con los estadounidenses, sus declaraciones mostraron de nueva cuenta la desconfianza de su gobierno hacia la administración Bush, no sólo respecto a los informes proporcionados por Washington, sino también en lo referente a que en su calidad de máxima potencia militar Estados Unidos no podía darse el lujo de actuar al margen de los organismos internacionales debido a que podría ocasionarle problemas serios y cuestionar su posición de liderazgo: “Las grandes potencias no siempre son percibidas por los demás como benignas, nadie en el mundo está preparado para tomar la palabra de Estados Unidos con fe”.<sup>46</sup>

Acorde con su tradición multilateralista, el gobierno canadiense se dio a la tarea de elaborar un plan por el que el Consejo de Seguridad requiriera una tarea de desarme y monitoreo por inspectores de Naciones Unidas con un plazo establecido para su cumplimiento.<sup>47</sup> Para ello se señaló que los inspectores de la UNMOVIC deberían contar con más tiempo para realizar sus inspecciones.<sup>48</sup> En síntesis, Chrétien volvió a insistir en

<sup>44</sup> *CBS News*, 13 de septiembre de 2002.

<sup>45</sup> *Globe and Mail*, 6 de septiembre de 2002.

<sup>46</sup> Véase Donald Barry, art. cit.

<sup>47</sup> *Loc. cit.*

<sup>48</sup> *The New York Times*, 16 de enero de 2003.

que cualquier intervención en Iraq sólo podría ser aprobada por Naciones Unidas, y se dispuso a tratar de obtener apoyo para su plan discutiéndolo telefónicamente con sus homónimos de Francia, Alemania, Rusia, Italia, Australia, Chile y México.<sup>49</sup>

Washington rechazó otorgar más tiempo a Iraq, y con ello, a la propuesta de Canadá. En cambio, continuó con su campaña para justificar una intervención armada contra el régimen de Hussein y dio un plazo al Consejo de Seguridad para aprobar la propuesta de invasión a Iraq. Francia, Rusia y Alemania señalaron que se opondrían a cualquier propuesta del organismo que legitimara el uso de la fuerza contra Iraq. Asimismo, México –quien aceptó poner en la agenda del Consejo de Seguridad la propuesta hecha por Canadá– Chile, Pakistán, Siria, Angola y Guinea también se negaron a dar su apoyo a la propuesta estadounidense para llevar a cabo una acción punitiva contra el país árabe.<sup>50</sup> Con ello quedó descartada la posibilidad de que Estados Unidos pudiera utilizar al Consejo de Seguridad para legitimar el uso de la fuerza contra Iraq y, en ese sentido, la posibilidad de apoyo por parte de Canadá se diluyó definitivamente. Al revisar en perspectiva los hechos ocurridos es importante tener en cuenta que el gobierno de Bush había buscado obtener el consentimiento de la comunidad internacional en sus acciones contra el régimen de Hussein, al menos inicialmente.<sup>51</sup>

La justificación canadiense para alejarse de la posición de Estados Unidos se vio reforzada con el hecho de que los informes arrojados el 7 de marzo de 2003 por la UNMOVIC –731 inspecciones en 411 sitios al interior de Iraq– y de la AIEA sobre la posesión iraquí de armas químicas, biológicas o nucleares, contravenían a aquéllos provenientes de la administración de George W. Bush.<sup>52</sup> Iraq no tenía armas de destrucción masiva. En ese sentido, si el Consejo de Seguridad no respaldaba las acciones estadounidenses contra Bagdad, Canadá no podía actuar a su lado como lo había hecho en Afganistán, una acción respaldada en el marco de la OTAN.<sup>53</sup>

Una vez que iniciaron las acciones bélicas, Canadá criticó duramente las acciones estadounidenses con el argumento de que la invasión era injus-

<sup>49</sup> *Globe and Mail*, 26 de octubre de 2002.

<sup>50</sup> *Loc. cit.*

<sup>51</sup> El argumento no es pues que el gobierno de George W. Bush considerara irrelevante el apoyo de las instituciones multilaterales, sino simplemente que estaba dispuesto a pasar por encima de ellas si no se plegaban a sus dictados.

<sup>52</sup> Craig R. Whitney (ed.), *The WMD Mirage*, Washington, D. C., Public Affairs Reports, 2005, p. 153.

<sup>53</sup> Brian Bow, “Anti-Americanism in Canada, before and after Iraq”, *American Review of Canadian Studies*, otoño de 2008, pp. 341-359.

tificada y de que con ello se estaba violando el Derecho Internacional.<sup>54</sup> Asimismo, tras reunirse con sus asesores, Chrétien confirmó su rechazo a la intervención y señaló que si el objetivo de Washington era derrocar a Hussein, su país tampoco estaba de acuerdo porque la cuestión de cambio de régimen no era una política aceptable bajo el carácter multilateral de las Naciones Unidas.<sup>55</sup> “Si comienzas a cambiar regímenes, ¿en dónde te vas a detener?”, preguntó Chrétien.<sup>56</sup>

La negativa de Canadá de apoyar el uso de la fuerza contra Iraq puso en evidencia la dificultad de la administración de George W. Bush para traducir sus recursos materiales en resultados políticos deseados, en especial con uno de sus aliados más firmes y constantes.<sup>57</sup> La cuestión era: ¿por qué si anteriormente Ottawa había apoyado a Washington en sus intervenciones en Iraq (1991), Bosnia (1995) y Kosovo (1999) –esta última sin haber pasado por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas– ahora había rechazado seguir a los estadounidenses en Iraq por considerarlo como una acción que iba en contra de las normas internacionales?

La explicación se centra en el terreno identitario y de la concepción y uso del poder. Ambos países siempre se han diferenciado con base en la percepción que cada uno tiene de su propia identidad. No obstante, tanto Canadá como Estados Unidos habían asumido la existencia de intereses y valores comunes centrados en la democracia, el libre comercio y en la regulación de las relaciones por medio del multilateralismo; de este modo, se había permitido la práctica, así como la reproducción de normas que otorgaban un ambiente internacional de seguridad colectiva más firme. A su vez, esta situación era producida por la capacidad de Estados Unidos para establecer un orden hegemónico internacional incluyente en el que Canadá se había convertido en un aliado comprometido e incondicional gracias a la existencia de lo que Henry Nau denomina convergencia en sus identidades.<sup>58</sup>

Así, dada la identidad canadiense, en la que el multilateralismo, la seguridad humana, y su identificación como potencia media son fundamentales, es ampliamente explicable su negativa al uso de la fuerza contra Iraq sin el respaldo de las Naciones Unidas.<sup>59</sup> Falta, sin embargo, considerar

<sup>54</sup> *Globe and Mail*, 19 de marzo de 2003.

<sup>55</sup> *Globe and Mail*, 26 de marzo de 2003.

<sup>56</sup> Donald Barry, art. cit.

<sup>57</sup> Christian Reus-Smit, *op. cit.*, p. 1.

<sup>58</sup> Henry Nau, *At Home Abroad: Identity and Power in American Foreign Policy*, Ithaca, Cornell University Press, 2002, p. 6.

<sup>59</sup> Denis Stairs *et al.*, *In the National Interest: Canadian Foreign Policy in an Insecure World*, Canadian Defence and Foreign Affairs Institute, 2003.

la variable del nexo política interna-política externa, la cual, como se verá más adelante, terminaría de cimentar la posición finalmente adoptada por Ottawa.

## V. LA REACCIÓN MEXICANA AL UNILATERALISMO ESTADOUNIDENSE EN IRAQ

El ascenso al poder de George W. Bush y de Vicente Fox, ambos políticos conservadores, planteó la posibilidad de que la relación entre Estados Unidos y México se estrechara significativamente. Así, a menos de un mes de haber sido investido como presidente, Bush visitó a su homólogo en su rancho de San Cristóbal en Guanajuato; México era así el primer país que visitaba el flamante presidente estadounidense. Bush anunció al inicio de su mandato que México constituía el tema prioritario para los intereses de su país, esencialmente en lo referente a las temáticas de seguridad fronteriza, comercio, inversión, medio ambiente, migración y narcotráfico.

No obstante, tras los atentados del 11 de septiembre las prioridades estadounidenses cambiaron y la relación bilateral se enfrió. Evidentemente existió una desafortunada coordinación gubernamental en lo referente a la expresión de condolencias oficiales por parte de México durante los días posteriores a los atentados terroristas;<sup>60</sup> sin embargo, al final de cuentas el país apoyó a su vecino del norte en el trance por el que pasaba. Así, además del respaldo ya señalado a las operaciones estadounidenses en Afganistán, México, al igual que Canadá, suscribió un acuerdo de Fronteras Inteligentes –en marzo de 2002– a fin de sosegar los temores de seguridad de Estados Unidos. Sin embargo, al igual también que Ottawa, Tlatelolco se vio involucrado en una serie de desacuerdos y fricciones con Washington en lo referente a la campaña contra Iraq. Estas desavenencias, sin embargo, fueron más directas –y de mayor impacto– que las que tuvieron los otros dos socios comerciales de la región, al ser México en ese momento, como ya se señaló, miembro no permanente del Consejo de Seguridad.

La posición mexicana comenzó a aclararse durante una intervención de la representación mexicana en el Consejo de Seguridad para discutir el tema de Iraq en octubre de 2002. El embajador ante este organismo, Adolfo Aguilar Zínser, reiteró el compromiso que México tenía con la primacía de las Naciones Unidas respecto al mantenimiento de la paz mundial,

<sup>60</sup> Como luego escribiría el entonces embajador estadounidense en México: “Todo lo que necesitábamos era un gesto de compasión. Un tradicional abrazo mexicano hubiera bastado”. Jeffrey Davidow, *El oso y el puercoespín: una visión personal sobre la compleja relación México-Estados Unidos*, México, DeBolsillo, 2005, p. 348.

al tiempo que refrendaba la convicción de México acerca de la vigencia del sistema colectivo de seguridad internacional. Asimismo, declaró que su país asumía que era una gran responsabilidad de los miembros del Consejo de Seguridad frente a la comunidad internacional y la opinión pública mundial el mantenimiento y restablecimiento de la paz y la seguridad internacionales, lo cual sólo podía ser posible con la adopción de acciones multilaterales oportunas.<sup>61</sup>

En negociaciones previas a la adopción del texto final de la resolución 1441, México, junto con Francia, Rusia y otros países, había logrado incorporar elementos cruciales, en particular, la exigencia de un proceso de dos tiempos. En el primero, se reemprendería la labor de inspección; en el segundo, a partir de los resultados obtenidos, se volvería a deliberar en el Consejo sobre nuevas determinaciones. Asimismo, se desistió de incorporar un mecanismo automático que diera pie al empleo de la fuerza, así como al envío de inspectores armados.<sup>62</sup>

Aguilar Zínser señaló que las negociaciones habían permitido al Consejo de Seguridad un texto que reflejaba apropiadamente el acuerdo de los Estados miembros sobre la obligaciones de Iraq y, como ya se señaló, que en caso de que dicho país ignorara dichos compromisos, se actuaría en consecuencia. De esta forma, la decisión del Consejo de Seguridad preservaba la legitimidad, la efectividad y la relevancia del Consejo en conformidad con su mandato para mantener la paz y la seguridad internacionales, el fortalecimiento de Naciones Unidas, del multilateralismo y del sistema de normas y principios.<sup>63</sup>

Esta posición de México se fortaleció debido a que el ministro canadiense, Jean Chrétien, comenzó a movilizarse mediante llamadas telefónicas con sus homólogos de Francia, Alemania, Rusia, Italia, Australia, Chile, así como con el presidente Fox para obtener más tiempo con el objetivo de que el personal de la UNMOVIC pudiera efectuar una inspección más detallada.<sup>64</sup> Fox consideró apropiada y valiente la posición de Chrétien, en especial porque no estaba involucrado de forma directa en el debate en el Consejo, aunque sí plenamente presionado por el gobierno de Washington.<sup>65</sup>

<sup>61</sup> Intervención de Adolfo Aguilar Zínser en la sesión 4625 del CSONU, 17 de octubre de 2002.

<sup>62</sup> Informe de labores de Jorge Castañeda, secretario de Relaciones Exteriores de México, diciembre de 2002.

<sup>63</sup> Postura de México ante el Consejo de Seguridad respecto al *Informe preliminar* de la UNMOVIC y la AIEA sobre Iraq, 27 de enero de 2003.

<sup>64</sup> *The New York Times*, 16 de enero de 2003.

<sup>65</sup> Rubén Aguilar y Jorge Castañeda G., *La diferencia: radiografía de un sexenio*, México, Grijalbo, 2007, p. 261.

De esta forma, tras una serie de negociaciones en febrero y marzo de 2003, el gobierno mexicano confirmó su posición respecto a la dirección que Francia, Rusia y Alemania habían planteado. Para Estados Unidos el apoyo de México era crucial debido a que éste marcaba la pauta a Chile, el otro miembro latinoamericano en el Consejo. Como lo expresara el embajador estadounidense en México: “por ser un miembro importante en el Consejo de Seguridad, la posición de México respecto a Hussein tendrá un impacto de gran alcance y a largo plazo”.<sup>66</sup> Una vez que ambos países confirmaron su posicionamiento contra la legitimación del uso de la fuerza en Iraq, les siguieron en “efecto dominó” los otros cinco miembros no permanentes que aún estaban indecisos: Angola, Camerún, Guinea y Pakistán; Siria había señalado su desacuerdo con anterioridad.

Washington ejerció presión sobre el sentido del voto mexicano en el Consejo de Seguridad. Así, por ejemplo, el embajador de Estados Unidos en nuestro país, Tony Garza –adoptando una posición más bien paternalista– razonaba que México debía apoyar la iniciativa de Washington, pues de esa manera el país estaría actuando “conforme a sus intereses y a su responsabilidad con la comunidad internacional”.<sup>67</sup> Aún más, en una entrevista a *The Washington Post*, Garza mencionó la posibilidad de que el Congreso estadounidense no aprobara la reforma migratoria y otros temas de relevancia para la agenda bilateral.<sup>68</sup>

De manera similar, luego de que en la sesión del 14 de febrero de 2003 México respaldara la continuidad de las inspecciones de la UNMOVIC, el presidente Bush llamó a su homólogo mexicano para pedir su voto en el Consejo de Seguridad. El mandatario estadounidense pidió a su contraparte que no hiciera equipo con Francia debido a que ésta se oponía abiertamente a la resolución planteada por Washington. Fox contestó que lo pensaría y que le llamaría una hora después, pero la hora pasó y cuando la Consejera de Seguridad Nacional Condoleezza Rice indagó sobre la decisión del presidente mexicano, le informaron que éste había ingresado al hospital para operarse de la espalda.

El mandatario mexicano no atendería los llamados de Washington, por lo que éste nunca obtuvo el apoyo de su vecino del sur. Así, a pesar de que la tradicional política anti-intervencionista en el ámbito internacional estaba siendo redefinida por el “gobierno de la alternancia” –particularmente en las áreas de promoción de la democracia y defensa de los derechos humanos, en donde destaca el voto reiterado (2002, 2004) a favor del su mo-

<sup>66</sup> *La Jornada*, 22 de febrero de 2003.

<sup>67</sup> *La Jornada*, 21 de febrero de 2003.

<sup>68</sup> *Loc. cit.*

nitoreo en Cuba—, el desprecio por las instituciones internacionales mostrado por la administración de Bush eliminaba cualquier posibilidad de que sus acciones en Iraq pudieran contar con el respaldo, así fuera pasivo o indirecto, de su vecino del sur. El hecho de que Washington pasara por alto a las instituciones internacionales resultaba ominoso para México por una simple razón: las instituciones y el derecho internacionales han fungido históricamente como el mejor “seguro” con el que cuentan los países débiles, así sea uno encabezado por un gobierno de tendencia pro-estadounidense, como el de Fox. Si el “gobierno de la alternancia” daba su aquiescencia en esta ocasión, además de los costos internos que tendría que pagar dado el fuerte arraigo de la tradición multilateralista en el país, quedaría indefenso en futuras ocasiones en las que quizás él mismo fuera la víctima del unilateralismo estadounidense. Todavía más, como en el otro caso que revisamos, la variable del nexo política interna-política externa también contribuiría a delinear la posición tomada por México. De ello nos ocupamos a continuación.

#### VI. EL NEXO ENTRE POLÍTICA INTERNA Y EXTERNA EN LAS DECISIONES DE MÉXICO Y CANADÁ

La posición de los dos vecinos de los estadounidenses respecto a la invasión a Iraq difícilmente puede explicarse atendiendo sólo al ámbito internacional. La esfera interna, y en particular la relación de la política internacional con ella, jugó también un papel importante en las decisiones de los gobiernos de Fox y Chrétien. De esta forma, en el caso mexicano la posición que el país debía adoptar en esa coyuntura trascendió al ámbito gubernamental. Así, las cúpulas empresariales se opusieron a cualquier discrepancia con Bush, e incluso algunos personajes públicos opinaron que México debería apoyar a Washington en su propuesta del uso de la fuerza contra Iraq.<sup>69</sup> Por ejemplo, el dirigente del Consejo Coordinador Empresarial (CCE), Héctor Rangel, y el del Consejo de Administración del Banco Bilbao Vizcaya Bancomer (BBVA), Ricardo Guajardo, señalaron que los intereses de México concordaban económicamente con los de Estados Unidos y que por ello se le debía respaldar en el tema de Iraq.<sup>70</sup>

Algunos personajes públicos como Enrique Krauze y Ana María Salazar —ex-consejera sobre temas de seguridad nacional para Estados Unidos en la administración de Bill Clinton— también opinaron que México debería

<sup>69</sup> Aguilar y Castañeda, *op. cit.*, p. 248.

<sup>70</sup> Consejo Coordinador Empresarial. Véase en *El Informador*, 13 de marzo de 2003.

apoyar a Washington en su propuesta del uso de la fuerza contra Iraq. En el caso de Krauze, éste sugirió a Fox que debía apoyar a Estados Unidos, pero que dicho apoyo debería ser a cambio del respaldo de éste al acuerdo migratorio, “la enchilada completa”.<sup>71</sup> Salazar, por su parte, señaló que el presidente Fox cometería un error al expresar su apoyo a las posiciones de Francia y Alemania contrarias al interés de Estados Unidos de atacar Iraq, porque tal decisión podría verse como un enfrentamiento a su política internacional y ello acarrearía un boicot turístico, comercial o incluso una deportación masiva de mexicanos ilegales.<sup>72</sup>

Por otro lado, también estaban quienes sugerían al gobierno mexicano rechazar la propuesta estadounidense, centrados en que la posición de Estados Unidos no tenía fundamentos debido a que Saddam Hussein no tenía armas de destrucción masiva, que lo que realmente interesaba a Bush era el petróleo de Iraq, y que simplemente la población mexicana no apoyaría dicha política. Efectivamente, esa era la posición que prevalecía entre la población en general. Reynaldo Ortega señala que un estudio de opinión llevado a cabo en México en enero de 2003 dio como resultado que 82% de los encuestados deseaban que México se mantuviera neutral, mientras que el 14% señaló que se debería apoyar a Estados Unidos.<sup>73</sup> En lo que respecta al voto de México en el Consejo de Seguridad, Ortega señala que 95% de los mexicanos encuestados consideró que el voto debería ser en contra de la guerra.<sup>74</sup> Cabe recordar, además, que la discusión de maras tuvo lugar en un ambiente pre-electoral: las elecciones intermedias de 2003. No es pues de extrañar que, evidentemente teniendo al electorado nacional como objetivo, tres días antes del inicio de las hostilidades el presidente Fox manifestara –en cadena nacional– su preferencia por una salida multilateral y su oposición a la guerra.

En el caso canadiense, de manera similar, una encuesta de opinión realizada en mayo de 2003 mostró que la mayoría de la población estaba de acuerdo con la decisión del gobierno de no apoyar la invasión a Iraq. También de manera similar al caso mexicano, el gobierno de Chrétien no sólo dijo “no” a la guerra en Iraq, sino que cuestionó a Washington por sus planes bélicos contra Iraq tanto en el ámbito doméstico como en el internacional, con que puso de manifiesto la importancia de la relación entre ambos. De esta manera, por ejemplo, a inicios de 2003 Jean Chrétien denunció en la Cámara de los Comunes la estrategia estadounidense con relación

<sup>71</sup> Aguilar y Castañeda, *op. cit.*, p. 246.

<sup>72</sup> *El Informador*, 13 de febrero de 2003.

<sup>73</sup> Reynaldo Ortega, “The United States-Iraq War and Mexican Public Opinion”, *International Journal*, vol. 61, núm. 3, 2006, p. 654.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 655.

a Iraq. El primer ministro dijo que su gobierno no tomaría parte en una guerra innecesaria. Este anuncio fue muy popular en Canadá, pues 70% de la población apoyó la decisión de su gobierno.<sup>75</sup> Una encuesta hecha por la BBC World Service Poll sobre la posición de los canadienses respecto a la invasión de Iraq mostró que 76% de los encuestados se oponían a la invasión estadounidense, mientras que el 20% estaba a favor.<sup>76</sup>

Quizás el momento más tenso de esos tiempos en la ríspida relación con Washington se presentó durante la cumbre de la OTAN celebrada entre el 20 y el 22 de noviembre de 2002 en Praga. En esa ocasión salió a la luz pública que la directora de Comunicaciones del primer ministro, Jean Chrétien, Françoise Ducros, había llamado “imbécil” a George W. Bush por tratar de imponer su obsesión por Iraq en dicha reunión, sin que Chrétien diera la más mínima reprimenda a su subalterna.<sup>77</sup> Este tipo de expresiones públicas de funcionarios del gobierno canadiense, así como de legisladores contra la administración de Bush Jr., culminaría con las declaraciones de la parlamentaria liberal, Carolyn Parrish, quien mostró su enojo ante las cámaras tras lamentar la decisión de Washington de ir a la guerra contra Iraq en febrero de 2003: “Malditos estadounidenses [...] odio a esos bastardos”.<sup>78</sup> Ambos altercados fueron calificados por la prensa conservadora en Canadá y Estados Unidos como supuestas evidencias de que el gobierno de Chrétien contaba con un fuerte matiz antiestadounidense.<sup>79</sup>

El primer ministro canadiense se desmarcó de la posición de la consejera Ducros, quien algunas semanas después del incidente sería removida de su cargo. Asimismo, Carolyn Parrish se disculparía posteriormente con el entonces embajador de Estados Unidos en Canadá, Paul Cellucci y sería expulsada del Partido Liberal canadiense. De esta forma, sin llegar a tornarse graves, los incidentes entre ambos países habían mostrado las diferencias en la forma en que cada uno concebía su relación, así como el peso que la política interna de Canadá tendría en la decisión final del gobierno de Chrétien. Por ejemplo, el estado de la opinión pública canadiense respecto al conflicto con Iraq influyó en el ámbito electoral para que en Quebec el candidato del Partido Liberal (Jean Chearest), viniera de atrás y venciera al del Partido Quebequense (Bernard Landry) en las elecciones provinciales de ese año. El cambio en la decisión de del electorado de esa provincia se

<sup>75</sup> Patrick Lennox, “The Illusion of Independence”, en Brian Bow y Patrick Lennox (eds.), *An Independent Foreign Policy for Canada?: Challenges and Choices for the Future*, Toronto, University of Toronto Press, 2008, p. 54.

<sup>76</sup> BBC World Service Poll, 8 septiembre de 2004.

<sup>77</sup> CBS News, 28 de noviembre de 2004.

<sup>78</sup> CBS News, 26 de febrero de 2003.

<sup>79</sup> Donald Barry, art. cit.

dio precisamente cuando Chrétien criticaba acremente la política estadounidense respecto a Bagdad.<sup>80</sup>

## VII. HEGEMONÍA PÍRRICA: CONCEPCIÓN ASOCIAL DEL PODER Y PÉRDIDA DE INFLUENCIA

Luego de su emergencia al término de la Segunda Guerra Mundial como una de las dos grandes superpotencias, y gracias a su capacidad de aglutinar a un bloque importante de países occidentales en torno a un sistema multilateral, Estados Unidos estuvo en condiciones de llevar a cabo su política de “contención” del bloque soviético y más adelante salir victorioso de la llamada Guerra Fría. En la puesta en práctica de dicho orden internacional fue fundamental la concepción social del poder que poseían los líderes estadounidenses. Como señalara Harry Truman: “debemos negarnos a nosotros mismos la licencia para hacer siempre lo que nos plazca sin importar qué tan grande sea nuestro poder”.<sup>81</sup> El prestigio estadounidense como potencia hegemónica de Occidente era fundamental para la consecución de sus intereses nacionales; su credibilidad e imagen ayudaban a moldear, a su modo, el sentido de unidad y los propósitos colectivos.<sup>82</sup> En pocas palabras, había traducido su poder como capacidad legítima gracias a que lo concebía y lo practicaba como algo relacional y no meramente posesivo.

Del mismo modo, tras el fin de la Guerra Fría, Estados Unidos pudo confirmar una posición hegemónica respaldada por una estructura basada en la convergencia de valores e intereses centrados en el logro de un contexto de seguridad colectiva. No obstante, la llegada de la administración de George W. Bush, reforzada por su reacción a los hechos del 11 de septiembre, significó un cambio radical en la política exterior estadounidense. Para el grupo neoconservador en el poder en Washington durante los primeros años de este siglo, el poder era simplemente algo que se poseía. Como lo asentaron en la mencionada *National Security Strategy* de septiembre de 2002: “Estados Unidos posee fuerza e influencia sin precedentes –e inigualable– en el mundo”.

Así, al proponer Estados Unidos una acción militar “preventiva” contra Iraq, estaba actuando en contra del artículo 51 de las Naciones Unidas, que

<sup>80</sup> Lennox, art. cit., p. 54.

<sup>81</sup> Citado en David Brooks, “Obama’s Christian Realism”, *The New York Times*, 15 de diciembre de 2009, p. A41.

<sup>82</sup> Jeffrey Legro y Peter J. Katzenstein, *U.S. Standing in the World: Causes, Consequences and the Future*, Long Report of the Task Force on U.S. Standing in World Politics, septiembre de 2009, p. 24.

sólo permite el uso de la fuerza cuando un miembro del organismo es objeto de un ataque armado por otro Estado. Asimismo, con su presión para obtener el apoyo de Canadá y México sin presentar pruebas contundentes de la posesión de armas de destrucción masiva por parte de Iraq, Washington estaba omitiendo un punto medular en la convergencia de identidades con sus vecinos y socios comerciales. La administración de Bush estaba ignorando la tradición multilateralista de estos dos países desde 1945, es decir, su compromiso con el sistema de seguridad colectiva respaldado por Naciones Unidas.

El despliegue del unilateralismo por parte de Washington no sólo rompió con una práctica diplomática de restricciones autoimpuestas durante décadas, sino que también produjo la percepción de ser esta actitud una dinámica peligrosa e incongruente con el orden mundial del que tradicionalmente Canadá y México son partícipes. Por ello, la política exterior estadounidense comenzó a ser considerada como revisionista, en especial por su rompimiento con cuestiones relacionadas con los derechos humanos, la seguridad humana y la seguridad colectiva, asuntos básicos no sólo para la comunidad internacional sino en particular para la identidad y tradición de política exterior de sus dos vecinos.

La existencia de una relación intrínseca entre hegemonía y el entendimiento social del poder quedó pues de manifiesto, si bien *contrario sensu* con el caso aquí analizado: cuando Estados Unidos como poder hegemónico recurrió al unilateralismo, no pudo traducir su inigualable poderío material en influencia sobre sus vecinos en el tema que más importancia tuvo para la primera administración de Bush: la invasión a Iraq. Washington ejerció durante aquellos años, sin lugar a dudas, una hegemonía pírrica.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Rubén y Jorge Castañeda G., *La diferencia: radiografía de un sexenio*, México, Grijalbo, 2007.
- Barry, Donald, "Chrétien, Bush, and the War in Iraq", *American Review of Canadian Studies*, verano de 2005, pp. 214-245.
- Bjola, Corneliu, "Legitimacy and the Use of Force: Bridging the Analytical-normative Divide", *Review of International Studies*, vol. 34, núm. 4, 2008, pp. 627-644.
- Bow, Brian, "Anti-Americanism in Canada, before and after Iraq", *American Review of Canadian Studies*, otoño de 2008, pp. 341-359.
- Bow, Brian, Peter J. Katzenstein y Arturo Santa-Cruz, "Anti-Americanism in North America: Canada and Mexico", trabajo presentado en la Convención Anual de la International Studies Association, Chicago, 28 de febrero-3 de marzo de 2007.

- Brooks, Stephen G. y William C. Wohlforth, *World Out of Balance: International Relations and the Challenge of American Primacy*, Princeton, Princeton University Press, 2008.
- Brzezinski, Zbigniew, *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Barcelona, Paidós, 1998.
- Chollet, Derek y James Goldgeier, *America between The Wars: From 11/ to 9/11. The Misunderstood Years between the Fall of the Berlin Wall and the Start of the War on Terror*, Nueva York, Public Affairs, 2008.
- Daalder, Ivo H. y James M. Lindsay, *America Unbound: The Bush Revolution in Foreign Policy*, Washington, D. C., Brookings Institution Press, 2003.
- Davidow, Jeffrey, *El oso y el puercoespín: una visión personal sobre la compleja relación México-Estados Unidos*, México, DeBolsillo, 2005.
- Finnemore, Martha, "Legitimacy, Hypocrisy, and the Social Structure of Uni-Polarity: Why Being a Unipole Isn't All It's Cracked Up to Be", *World Politics*, vol. 61, núm. 1, 2009, pp. 58-85.
- Frachon, Alain y Daniel Vernet, *La América mesiánica: los orígenes del neoconservadurismo y las guerras del presente*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- Gilpin, Robert, *La economía política de las relaciones internacionales*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987.
- Ikenberry, G. John, "America's Imperial Ambition", *Foreign Affairs*, vol. 81, núm. 5, 2002, pp. 44-60.
- , "Power and Liberal Order: America's Postwar World Order in Transition", *International Relations of the Asia-Pacific*, vol. 5, 2005, pp. 133-152.
- Johnson, Paul, "Europe and the Reagan Years", *Foreign Affairs*, vol. 68, núm. 1, 1988, pp. 28-38.
- Jones, Christopher, "Seduce Me: Kagan, Power, the US and Europe", *International Politics*, vol. 45, núm. 3, 2008, pp. 266-275.
- Joseph, Jonathan, "Hegemony and the Structure-Agency Problem in International Relations: A Scientific Realist Contribution", *Review of International Studies*, vol. 34, núm. 1, 2008, pp. 109-128.
- Kagan, Robert, *The Return of History and The End of Dreams*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2008.
- Katzenstein, Peter J. y Robert O. Keohane (eds.), *Anti-Americanisms in World Politics*, Ithaca, Cornell University Press, 2007.
- Keohane, Robert O., *After Hegemony: Cooperation and Discord in World Political Economy*, Princeton, Princeton University Press, 1984.
- Legro, Jeffrey y Peter J. Katzenstein, *U.S. Standing in the World: Causes, Consequences and the Future*, Long Report of the Task Force on U.S. Standing in World Politics, 2009.
- Lennox, Patrick, "The Illusion of Independence", en Brian Bow y Patrick Lennox (eds.), *An Independent Foreign Policy for Canada?: Challenges and Choices for the Future*, Toronto, University of Toronto Press, 2008.
- Nau, Henry, *At Home Abroad: Identity and Power in American Foreign Policy*, Ithaca, Cornell University Press, 2002.

- Mearsheimer, John, "Hans Morgenthau and the Iraq War: Realism *versus* Neo-Conservatism", *Open Democracy*, 18 de mayo de 2005, pp. 1-7.
- Ortega Ortiz, Reynaldo Yunuen, "The United States-Iraq War and Mexican Public Opinion", *International Journal*, vol. 61, núm. 3, 2006, pp. 648-660.
- Podliska, Bradley F., *Acting Alone: A Scientific Study of American Hegemony and Unilateral Use-of-Force Decision Making*, Lanham, Lexington Books, 2010.
- Rapkin, David P. y Dan Braaten, "Conceptualising Hegemonic Legitimacy", *Review of International Studies*, vol. 35, núm. 1, 2009, pp. 113-149.
- Reus-Smit, Christian, *American Power and World Order*, Cambridge, Polity Press, 2004.
- Rice, Condoleezza, "Promoting the National Interest", *Foreign Affairs*, vol. 79, núm. 1, 2000, pp. 45-62.
- Schweller, Randall L. y David Priess, "A Tale of Two Realisms: Expanding the Institutions Debate", *Mershon International Studies Review*, vol. 41, núm. 1, 1997, pp. 1-32.
- Soderberg, Nancy, *El mito de la superpotencia: uso y abuso del poder*, Buenos Aires, El Ateneo, 2005.
- Stairs, Denis *et al.*, *In the National Interest: Canadian Foreign Policy in an Insecure World*, [Calgary?], Canadian Defence and Foreign Affairs Institute, 2003.
- Whitney, Craig R. (ed.), *The WMD Mirage*, Washington, D. C., Public Affairs Reports, 2005.
- Wohlforth, William, "The Stability of a Unipolar World", *International Security*, vol. 24, núm. 1, 1999, pp. 5-41.
- Zakaria, Fareed, "Hating America", *Foreign Policy*, vol. 144, septiembre/octubre de 2004, pp. 47-49.